

## ARGENTINA-BRASIL: CONTRASTES Y CONVERGENCIAS

Presentación inicial del Seminario sobre Argentina-Brasil, realizado en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, 15 y 16 de agosto de 1996.

En este seminario nos planteamos el estudio de contrastes y parecidos entre Argentina y Brasil, cuya convergencia política ha creado ya, y seguramente lo hará cada vez más, cambios revolucionarios en nuestra experiencia cívica, empezando por nuestra autopercepción como pueblos a quienes les ocurren, o han ocurrido, cosas interesantes vistas a nivel mundial. Como suele suceder en estos casos, una mayor autovaloración implica no sólo ver con más optimismo nuestro futuro, sino encarar con mayor curiosidad nuestro pasado, en el cual quizás se encuentren semillas de lo que estamos en trance de ser. Tan es así que hasta somos capaces de descubrir a nuestros propios Tocquevilles, cuyas observaciones a lo mejor han estado durmiendo en nuestros anaqueles, reducidos sus autores a la condición de figuras acartonadas a las que aún el público culto, o los que se dedican a las ciencias sociales, se resisten a tomar en serio.

Para contribuir a revertir esta situación es necesario superar la tendencia a ver lo nuestro como único, o anecdótico, o aún peor, folclórico, por contraste a los *raccontos* históricos con validez universal que habrían ocurrido en otras latitudes. Sin ir tan atrás como quizás debiéramos -- pero es que hay que construir el edificio de a poco -- nos concentraremos en este seminario en tres etapas, relativamente recientes, de nuestra historia: en primera instancia, los movimientos populares dirigidos por Perón y por Vargas; luego, los respectivos regímenes dictatoriales iniciados en la década de los sesenta; y finalmente, los procesos de democratización inaugurados veinte años después.

En estas observaciones iniciales me concentraré en señalar, en breve síntesis, aspectos problemáticos que espero sean revisados luego en las presentaciones específicas, o en las discusiones a que ellas den lugar. Comenzaré con una cierta mirada histórica de alguna mayor extensión que la que nos hemos fijado como tema, porque, aunque algún poeta ha dicho que "the child is father to the man", lo cierto es que todos venimos al mundo marcados, más bien, por lo que nuestros antepasados han hecho. ¿Pero quiénes eran nuestros antepasados? ¿Qué hacían ellos cuando nuestros países comenzaron a tener una vida independiente? Aquí la respuesta es bien distinta: los tatarabuelos de los brasileños de hoy, en su gran mayoría, en todos los niveles sociales, estaban en Brasil; los nuestros estaban muy lejos, y posiblemente ni siquiera sabían que estos países existieran.

El contraste es muy marcado, y ha sido objeto de repetidos análisis, aunque no siempre con enfoque comparativo. Mientras que la Argentina tuvo, durante décadas muy formativas (digamos, entre 1880 y 1930) casi un 30% de extranjeros, Brasil apenas superaba el 5%. Es cierto que en Sao Paulo y en los estados del sur esta última cifra subía significativamente, pero esa desperejada distribución se daba también en la Argentina. Un resultado inevitable: debe haber, al menos en las clases cultas, mucha mayor memoria histórica en Brasil que en la Argentina, porque esa memoria se transmite en gran medida a través de las tradiciones familiares. En esto la Argentina contrasta no sólo con Brasil sino con Chile, país también con escasa inmigración extranjera (en torno del 5% por décadas), y que tiene un sistema político-partidario muy moderno, el más parecido, en nuestro continente, al europeo.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>. He tratado este tema más extensamente en "El impacto de la inmigración en el sistema político argentino," *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 4, no. 12, agosto 1989, pp. 211-230. Ver también Oscar Cornblit, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina," *Desarrollo Económico* 6, no. 24, enero-marzo 1967, pp. 641-691; Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli, comps, *La inmigración*

¿Pero entonces deberían resultar Brasil y Chile muy parecidos, contrastados ambos con la Argentina? No necesariamente, porque las estructuras sociales de ambos son bien diferentes, casi diría polarmente opuestas. Aunque el foco de esta presentación no abarca a Chile, para ciertos argumentos comparativos es preciso hacerlo, y espero que el ambiente creado por la incorporación al Mercosur facilite la aceptación -- y la comprensión -- de estas observaciones. En lo relativo a la estructura social básica, Chile es más parecido a la Argentina, por sus ya asentados y antiguos índices de urbanización, educación, vigencia de las clases medias, y temprana organización obrera y sindical.<sup>2</sup>

Una consecuencia de la mencionada mayor memoria histórica existente en Brasil (y Chile) es que hay en ellos fuertes partidos conservadores, por ése u otro nombre, característica que comparten con prácticamente todas las naciones desarrolladas y democráticas del mundo.<sup>3</sup> Por "partido conservador" entiendo uno que goza de sólidas raíces en las clases altas, y que tiene una ideología muy cercana a la visión empresarial de las cosas. Por lo tanto, incluyo en Chile tanto al Partido de Renovación Nacional (PRN), como a la Unión Democrática Independiente (UDI), ambos con más de un siglo de historia, dada su fuente en los antiguos partidos Conservador y Liberal. En Brasil incluyo al Partido Progressista Brasileiro (PPB) y al Partido da Frente Liberal (PFL), ambos hijos, o nietos, de la Alianza Renovadora Nacional (ARENA) y de la Uniao Democrática Nacional (UDN), incorporando incluso a sectores de la antigua derecha varguista, el Partido Social Democrático (PSD). En Chile ambos partidos conservadores obtuvieron un buen tercio de los votos, y algo más si se les suma el Centro Centro Democrático de Errázuriz; en Brasil el PPB (o su padre el PPR) y el PFL obtuvieron sumados un 30% en las elecciones legislativas de 1994. Aunque no estaban aliados, forman entre ambos un bastión claramente conservador, independientemente de su fraseología electoral, sus banderas regionalistas, o de las alianzas a que el PFL se ha visto inducido con un centro y centro izquierda encarnados en Fernando Henrique Cardoso. Debe añadirse que en el Partido do Movimento Democrático Brasileiro (PMDB), problematizado heredero en algún sentido del varguismo moderado, hay fuertes tendencias de derecha, que seguramente auguran mal para su continuada unidad, ya erosionada por las múltiples escisiones que ha sufrido a lo largo de su existencia, desde que dejó de cumplir el rol aglutinador anti dictatorial

---

*italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985; Carl Solberg, *Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas Press, 1970; Herbert Klein, "La integración de italianos en la Argentina y los Estados Unidos: un análisis comparativo," *Desarrollo Económico* 21, no. 81, abril-junio 1981, pp. 3-27.

<sup>2</sup>. Datos recientes contrastan un 29% de la población económicamente activa dedicada a la actividad primaria en Brasil, con un 12% en Argentina; el contraste era mucho mayor durante los años cuarenta y cincuenta. Ver James W. Wilkie y Enrique Ochoa, comps, *Statistical Abstract of Latin America*, vol. 27, Los Angeles, University of California at Los Angeles Latin American Center Publications, 1989, p. 299; Carmelo Mesa-Lago, María A. Cruz-Saco y Lorena Zamalloa, "Determinantes de los costos y la cobertura del seguro-seguridad social. Una comparación internacional enfocada en la América Latina," *El Trimestre Económico* 57, 1, enero-marzo 1990, pp. 27-43.

<sup>3</sup>. España e Italia, hasta hace poco dos de las principales excepciones a la presencia de una clara Derecha en el espinel partidario, se han "normalizado" desde el progresivo fortalecimiento del Partido Popular de José María Aznar, y del movimiento Forza Italia de Silvio Berlusconi, con su aliado la remodelada Alleanza Nazionale.

que desempeñó por muchos años.<sup>4</sup>

La fuerza electoral de un partido de derecha tiene dos patas. Una, que se debilita con el tiempo, es la del campesinado tradicional, que vota por sus patrones, o por los notables parientes de sus patrones. La otra, que se consolida con el tiempo, es la de la clase media urbana y moderna: sin ella nunca se podría ganar una elección. Hay quienes dicen que existe una tercera pata, los *working class Tories*, o *rednecks*, o sindicalistas burocratizados. Esta última pata es algo coja, o bien no es realmente conservadora: me refiero a los sindicalistas. Podrán ser "socialmente conservadores" (opuestos a los hippies, los gays, los inmigrantes, despreocupados por derechos humanos, etc) pero no hay prácticamente casos en que ellos integren al principal partido conservador del país, o sea al que tiene el corazón de las clases altas. Dejando para más adelante analizar el rol de estos sindicalistas, veamos ahora la posición de las clases medias.

Lo normal para una persona de clase media es envidiar pero al mismo tiempo admirar a los miembros de la aristocracia o del jet set, y por lo tanto aceptar el liderazgo planteado por sus superiores jerárquicos. Votan, por lo tanto, en su mayoría, por los conservadores, sobre todo después de haber pasado por etapas en que su preferencia va en gran parte a partidos centristas como los Radicales, los Demócrata Cristianos, o los Liberales avanzados.<sup>5</sup> ¿Pero qué pasa en un país como la Argentina, caracterizado por el impacto inmigratorio? Como vimos antes, éste fue mucho mayor entre nosotros que prácticamente en cualquier otro lugar del mundo.<sup>6</sup> Se creó entonces un gran vacío de participación, pues la masa de la burguesía

---

<sup>4</sup>. Oscar Cornblit, "La opción conservadora en la política argentina," *Desarrollo Económico* 14, no. 56, enero-marzo 1975, pp. 599-639; Douglas Chalmers, Atilio Borón y Maria do Carmo Campelo de Souza, comps, *The Right and Democracy in Latin America*, New York, Praeger, 1991; Edward Gibson, *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996. Para datos electorales comparativos ver Torcuato S. Di Tella et al., *Estructuras sindicales en la Argentina y Brasil: algunas tendencias recientes*, Buenos Aires, Biblos, 1995.

<sup>5</sup>. A menudo se argumenta que la tendencia hoy día es hacia el desdibujamiento de las bases clasistas del apoyo partidario. De hecho, nunca los partidos han estado basados completamente en bases clasistas nítidas; por cierto muchos individuos aparecen en posiciones incongruentes, especialmente si su status es medido por su educación, cosa que se hace a menudo, por la comidad de la medición. Por otra parte, el Conservadorismo tiene muchos votantes modestos, sobre todo rurales, mientras que la Izquierda es fuerte entre gente de alta educación y un mediano nivel de vida. La diferencia entre un partido conservador y uno social demócrata no estriba tanto en el status social de la masa de sus votantes, sino en el hecho de que los sectores organizados del sector superior y del inferior de la pirámide social están predominantemente en uno u otro hemisferio político. Ver Ronald J. Johnston, "Lipset and Rokkan Revisited: Electoral Cleavages, Electoral Geography, and Electoral Strategy in Great Britain," en R.J. Johnston, F.M. Shelley y P.J. Taylor, comps, *Developments in Electoral Geography*, Londres, Routledge, 1990. Por supuesto que donde hay fuertes enfrentamientos religiosos, étnicos o lingüísticos éstos alteran muy profundamente el clivaje derecha-izquierda. Ver, para los Estados Unidos, Thomas Byrne Edsall con Mary D. Edsall, *Chain Reaction: The Impact of Race, Rights and Taxes on American Politics*, Nueva York, Norton, 1991.

<sup>6</sup>. En Australia y Nueva Zelandia, donde la proporción de inmigrantes era parecida a la argentina, se trataba de gente proveniente de Gran Bretaña, quienes no perdían su nacionalidad, y con ellos se trasladaba el sistema institucional de la madre patria.

urbana, y de la clase obrera de las ciudades, abrumadoramente extranjeras, no tenían el voto, pues no adquirían la ciudadanía. Esto era grave, porque se trataba de los dos sectores sociales más estratégicos en la consolidación de un sistema político moderno. La consecuencia era la debilidad de un partido liberal burgués, o de uno social demócrata o laborista.

Por otra parte, se puede observar en escala internacional que la burguesía, en general, después de ser el apoyo de un Liberalismo rival de los Conservadores, termina por unificarse en uno sólo de esos partidos, o en uno que los engloba, o en dos casi siempre aliados, todo lo cual forma la ya aludida solidez de la Derecha política. Pero si la burguesía, por su abrumadora condición extranjera, tenía una actitud de alejarse de la arena político-partidaria, esa característica -- a menudo transmitida a sus hijos -- también tenía que afectar a la salud de un partido conservador moderno, no sólo al Liberalismo de una etapa más temprana. Eso es, precisamente, lo que ha ocurrido en la Argentina: el país está demasiado desarrollado para tener el tipo de conservadorismo en buena medida arcaico de Brasil, y por otro lado tiene excesivo peso del componente extranjero como para emular el caso chileno. En otras palabras, la masa de la clase media o burguesía, de origen inmigratorio, ha heredado de sus padres un cierto desprecio hacia el "país criollo", en el que se incluye hasta a las clases altas locales, que no fueron capaces de infundir en ellos el respeto que en cambio se daba en el caso norteamericano.<sup>7</sup>

Pasemos ahora a analizar lo que ocurre en el sector popular, en lo referente a la estratificación social y sus consecuencias políticas. Es sabido que Brasil presenta diferencias de ingreso por regiones y estratos sociales mucho más marcadas que las de la Argentina, y en ese sentido se puede hablar, con mayor propiedad, de "dos Brasiles". Durante los años cincuenta aún existía una mitad de la población analfabeta, y también una mitad viviendo en el campo. Aún hoy, después del gran incremento industrializador de Brasil, éste tiene un porcentaje de población ocupada en la actividad primaria mucho mayor que la Argentina o Chile, y menores niveles de educación de masas (aunque un sistema educacional de elite más avanzado que el de esos dos países). Esta condición rural, acompañada al menor peso que históricamente ha tenido la clase media moderna, está ligada a la tardía aparición del sindicalismo y de partidos de centro como la Unión Cívica Radical. Es recién desde 1945 que se puede hablar de un sistema de partidos en Brasil, por encima de los clanes "Republicanos" de la República Velha, o las "legiones" y partidos estaduais que se organizaron para apoyar a Vargas a comienzos de los años treinta.

Esta debilidad de la clase media está ligada al hecho de que durante los años veinte fueran los niveles medios del Ejército los que generarían actitudes disidentes, a través del tenentismo, que no tuvo un equivalente en la Argentina. En la Argentina existía el Radicalismo, y la Izquierda (Socialista y Comunista) para canalizar los sentimientos de protesta. Había también entre los uniformados una búsqueda de novedades dentro del campo del desarrollismo autoritario, pero éstas estuvieron fuertemente coloreadas por la Derecha, hasta que mutaron, durante la Segunda Guerra Mundial, hacia las posiciones del GOU, de las que emergió Perón.

Es a partir de 1945 que se da una convergencia e imitación mutua entre Perón y Vargas, tema al que me referiré en mi ponencia para el primer tramo de este seminario. Se ha escrito mucho sobre las condiciones sociales detrás de la emergencia del peronismo, y de la faz populista del Vargas transformado de posguerra. Al respecto no soy un expositor imparcial, pues mi interpretación tiende a enfatizar el rol causal jugado por el surgimiento de nuevos industriales necesitados de "protección o muerte", y de nuevas masas de recién venidos del campo a la ciudad. Es útil señalar, de todos modos, en este lugar, una característica de las masas obreras urbanas de Brasil: ellas son el resultado de una mucho mayor renovación

---

<sup>7</sup>. En EEUU el total de extranjeros nunca superó el 15%, ellos tomaban la ciudadanía, y su status era claramente inferior al de la población ya establecida (con la excepción de los ex esclavos).

humana, y trasiego de generaciones, que en Argentina (o, en contraste mayor aún, Chile y Uruguay). En otras palabras: para un individuo de los sectores populares urbanos, en Brasil, lo más probable es que sus padres no hayan vivido también ellos en la misma ciudad, ni siquiera en otra parecida, sino que venían del campo, de ambientes en que la conexión con la red informativa nacional era muy endeble. Resulta de esto una escasa memoria histórica, a ese nivel de estratificación. En la Argentina, en cambio, el habitante urbano muy probablemente habrá oído hablar a sus padres o a algún tío sobre su emoción al contemplarla a Evita en el balcón, o sobre la huelga perdida o ganada, o sobre cuando lo pusieron preso a Balbín y cerraron los diarios de la oposición.

Esta situación de menor memoria histórica en los sectores populares brasileños contrasta con la que en cambio existe en las clases altas y educadas. La situación comparativa es un poco compleja, pues hemos dicho antes que en la Argentina la memoria histórica es en general menor que en Brasil, refiriéndonos al impacto inmigratorio externo de comienzos de siglo. Pero para períodos más recientes, la memoria es más fuerte en la Argentina. En Brasil ella es fuerte en la clase alta, y débil en la popular, aunque no porque ésta haya sido extranjera, sino más bien por su condición rural y en gran medida semi-analfabeta. Chile y Uruguay, que no tienen ni la tan extrema diferencia entre el campo y la ciudad del Brasil, ni un impacto inmigratorio tan marcado como la Argentina, la memoria histórica es directamente elefantina.<sup>8</sup>

Estos aspectos, unidos a otros coyunturales, son responsables de que el fenómeno popular brasileño, el varguismo, tenga raíces más tenues en las capas obreras y campesinas, caracterizadas por su mayor dependencia de redes clientelares conservadoras, y luego afectadas por una menor memoria histórica, y por ende más dispuestas a cambiar de lealtades. Es así que hoy la versión más radicalizada y caudillista del varguismo, la del Partido Democrático Trabalhista (PDT) de Leonel Brizola, está muy debilitada; y la línea moderada, del PMDB, ha perdido su connotación varguista, y se ha convertido en una versión más desorganizada, y potencialmente divisible por cualquier número primo, de su homólogo centrista de la Argentina, la Unión Cívica Radical (UCR).

La menor profundidad de la conexión varguista con los estratos populares, y la mucho más intensa transformación de su sistema productivo industrial, explican que en Brasil el panorama social y político en ese nivel social haya cambiado muy radicalmente en los últimos años. Al desaparecer de la escena el populismo getulista, éste deja lugar para una nueva Izquierda, la del Partido dos Trabalhadores (PT), cuya cuna está en el área industrial del Gran Sao Paulo. También tiene mucho que ver aquí el rol de la Iglesia Católica, que ha generado en Brasil un ala de "Teología de la Liberación" mucho más influyente que lo que pueda haber en la Argentina. Esa Iglesia de las Comunidades de Base ha contribuido en gran medida a la expansión del PT, dándole protección y dedicados militantes. En esto el fenómeno se parece al del Laborismo británico, donde, al decir de Herbert Morrison, su Secretario General por largo tiempo, la "M" importante es la del Metodismo, no la de Marx. Por otra parte, la competencia de las iglesias evangélicas y de los ritos afrobrasileños ha obligado en mayor medida al clero brasileño a remozarse para conservar su grey, por contraste con el argentino. En este país las masas ya habían sido ganadas al catolicismo, en los comienzos de la década de los cuarenta, por un clero también en su momento disidente, el de los que tenían simpatías falangistas-populares, contrapuestas a las actitudes más tradicionalmente liberal-conservadoras, algo latitudinarias, vigentes entre las clases altas.

Si pasamos ahora a los regímenes militares, notaremos otra importante diferencia. En Brasil el período 1964-1985 fue, si no genuinamente constitucional, al menos reglamentario,

---

<sup>8</sup>. En Uruguay el porcentaje inmigratorio ha sido grande, aunque menor que en la Argentina; además, tratándose de un país chico, y con temprana modernización, el sistema de comunicaciones internas ha sido posiblemente más denso que en la Argentina, comparable al de la zona pampeana.

pues las sucesiones presidenciales se realizaron sin golpes internos, con apelaciones al electorado, bien que de manera indirecta. En la Argentina, en cambio, *todos* los regímenes militares, desde 1943 a 1983, protagonizaron al menos uno, y en general dos o tres, golpes internos, cuyo recuerdo está aún suficientemente vivo como para tener que enumerarlos aquí. ¿Porqué esta diferencia? ¿Será porque los militares eran más indisciplinados, más autoritarios, más ambiciosos, que sus pares brasileños, o chilenos? Quizás ésa sea parte de la respuesta, pero más probablemente se trate de una consecuencia de una causa común subyacente. Esa causa, a mi entender, es la naturaleza fuerte y amenazante, aunque no del todo revolucionaria, durante décadas, del peronismo. Este movimiento, representando en gran medida a una clase obrera urbana con más peso social que sus equivalentes en Brasil o Chile, y con importantes *capitani del popolo* negociadores, ha sido siempre un aliado apetitoso para cualquier grupo civil o militar. Las luchas entre facciones gobernantes, que siempre existen, han tenido en la Argentina desde la Segunda Guerra Mundial una posible forma de generar un vencedor: aliarse con el peronismo, con el objetivo, claro está, de dominarlo. Pero esto último no es tan fácil, ya que si la facción innovadora se impone -- mediante un golpe de Estado, o un pacto electoral, como el de Arturo Frondizi -- pronto los aliados se convierten en huéspedes insoportables, la alianza se rompe, por el excesivo peso de su componente popular, y se vuelve a fojas uno.<sup>9</sup> La principal forma de terminar con este mecanismo es la conversión del peronismo en un movimiento ya no amenazante, sino a lo sumo distributivista, rival pero no enemigo del Establishment.

En conclusión, quedan planteadas como hipótesis de trabajo las siguientes características de ambos países:

1. En Brasil hay mayor diferencia entre los niveles de vida de los sectores urbano y rural, y mayor renovación humana en los estratos populares, lo que va asociado a una menor memoria histórica, y más fácil cambio de orientaciones político-partidarias.

2. En la Argentina hay una mayor heterogeneidad en las clases medias y altas, debido al impacto inmigratorio, lo que genera menor memoria histórica que entre sus pares brasileños, y menor fuerza de un partido liberal burgués, o conservador.

3. Las Fuerzas Armadas, en sus intervenciones políticas, han actuado de manera más disciplinada en Brasil, en parte debido al control que sobre ellas ejercen los sectores civiles de derecha, contrastado con la tentación en la Argentina de emplear al peronismo como potencial aliado en la lucha por el poder.

4. Un partido social demócrata era, en la Argentina, durante la primera mitad del siglo, más débil que en países de equivalente desarrollo económico y cultural (como Chile, Italia o Australia) debido al gran porcentaje de extranjeros no nacionalizados que había en la clase obrera.

5. En la Argentina, debido a los mecanismos descritos en el punto 1, el peronismo ha sido más fuerte, y más estrechamente ligado a la clase obrera urbana, que en Brasil. Esto, sumado a la menor intensidad de los cambios económicos, le ha facilitado el seguir vigente hasta la actualidad, ocupando el lugar que al quedar vacante por la desaparición del varguismo, ha permitido la formación de una nueva izquierda, el Partido dos Trabalhadores.

En mi ponencia para el primer tramo de este seminario, dedicada a las "vidas paralelas" de Perón y Vargas, me extenderé acerca de los movimientos populares que ambos líderes generaron.

---

<sup>9</sup>. Guillermo O'Donnell se ha referido a este proceso como "el juego imposible" en su *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972, cap. 4.